

Fundamentos del Cambio en la Psicoterapia Psicoanalítica: La Interpretación, el Vínculo y el Análisis del Vínculo

Bases of Change in Psychoanalytic Therapy: Interpretation, Therapeutic Relationship, and Analysis of Therapeutic Relationship

M.^a Dolores J. Díaz-Benjumea
Universidad de Pablo Olavide de Sevilla, España

Resumen. Este trabajo plantea la concepción de los factores implicados en el cambio terapéutico desde una visión de la psicoterapia psicoanalítica basada en el enfoque Modular-Transformacional. Se describen tres factores de cambio tal como se conciben estos en el psicoanálisis contemporáneo: la interpretación, el vínculo terapéutico, y el análisis de los procesos de transferencia-contratransferencia. Se ilustra lo propuesto con un caso clínico ampliamente descrito.

Palabras clave: cambio terapéutico, enfoque Modular-Transformacional, interpretación, vínculo terapéutico, análisis de la transferencia-contratransferencia, ilustración de caso.

Abstract. This paper sets out the conception of factors involved in therapeutic change from a perspective of psychoanalytic psychotherapy based on Modular-Transformational approach. It describes three factors of change, all of them in the view of contemporary psychoanalysis: interpretation, therapeutic relationship, and analysis of transference-countertransference processes. A clinical case is described at length to illustrate the proposal.

Keywords: therapeutic change, Modular-Transformational approach, interpretation, therapeutic relationship, transference-countertransference analysis, case illustration.

La concepción de cómo se produce el cambio en la terapia psicoanalítica ha evolucionado mucho a lo largo de más de un siglo de actividad teórica y práctica. En sus orígenes y durante gran parte del siglo veinte, se consideraba crucial para el cambio que el paciente aumentara el conocimiento de sí mismo -de sus deseos, temores, pensamientos y emociones inconsciente- a través de la interpretación. Se daba también mucha importancia a la reconstrucción histórica del pasado del paciente, con la idea de que llegar a recordar el pasado tal cual se vivió, libre de los encubrimientos defensivos, era posible. En la concepción freudiana clásica, el pasado seguía vivo en forma de recuerdos que se actuaban y que, una vez recordados, dejarían de producir actuaciones automáticas. La autoconciencia era por tanto, el fundamento de la mejora del sujeto, asumiendo que convierte las reac-

La correspondencia sobre este artículo puede dirigirse a la autora al e-mail: jdbenjumea@yahoo.es

ciones automáticas, guiadas por motivaciones que nos dominan sin nuestro conocimiento ni control, en acciones efectuadas con conciencia y voluntad, que implican autodominio y toma de decisiones teniendo en cuenta tanto nuestros propios deseos y necesidades, como los imperativos morales y las limitaciones de la realidad externa.

Este objetivo del autoconocimiento sigue siendo crucial para la psicoterapia psicoanalítica en la actualidad, pero el peso que se le da, así como la manera en que se piensa que se llega a él, ha cambiado, debido a distintas influencias sobre la teoría psicoanalítica como son los desarrollos del constructivismo, la neurociencia, la psicología cognitiva sobre los diversos procesos de memoria, y la psicología evolutiva. Una visión psicoanalítica contemporánea de cómo se produce el cambio es la del enfoque Modular-Transformacional de psicoterapia psicoanalítica, en el que me inscribo, e incluiría tres factores fundamentales: la interpretación, el vínculo terapéutico y el análisis de los procesos de transferencia-contratransferencia, concebidos todos ellos de la siguiente manera.

La interpretación

Seguimos pensando que el autoconocimiento es una de las bases para la mejora, porque hace al sujeto más libre en cuanto a no depender de automatismos inconscientes. El autoconocimiento se produce por vía de las intervenciones de tipo declarativo, verbalizadas, entre las cuales la más prototípica es la interpretación, si bien, hay otras como el señalamiento, la confrontación y la construcción de una narrativa coherente sobre el pasado que se ajustará más o menos a la historia, pero que siempre habrá de ser más compleja y abarcadora que la que el paciente en principio trae (Mitchell, 1997).

La interpretación tiene hoy día un diferente significado respecto a como antes se pensaba. Desde el abandono del positivismo y la introducción de visiones constructivistas, se concibe como una nueva perspectiva sobre la realidad del paciente aportada por el analista, lanzada siempre como propuesta inicial que tendrá que ser consensuada y completada por el paciente. La interpretación se da hoy día en la forma de diálogo colaborador, no como conocimiento impuesto desde una figura jerárquica que sabe del paciente más que él mismo.

La interpretación puede dirigirse a la vida del paciente fuera de la terapia o a la transferencia del paciente hacia el terapeuta, pero siempre, además de aumentar el autoconocimiento, tiene otras funciones como son fomentar la auto-reflexión y la capacidad para relativizar las concepciones previas, para descentralizar la propia mente y comprender que siempre nuestra vivencia de lo que nos ocurre no es más que una perspectiva.

El vínculo terapéutico

En el pasado siglo, y especialmente con el auge de la escuela psicoanalítica del self liderada por Kohut –pero sin olvidar también a autores como Ferenczi, que le precedieron y que sentaron bases para lo que luego se desarrolló– se fue dando cada vez más papel al vínculo terapéutico en sí mismo como productor de cambio. Kohut (1971) elaboró su teoría del analista como objeto-self del paciente, cuya función era proveer lo que el sujeto no había podido tener en las relaciones que lo marcaron en su desarrollo, posibilitar funciones y recursos que sólo emergen en el seno de una relación significativa. La idea es que es necesario un vínculo nuevo que aporte al paciente objetos identificatorios imprescindibles para el desarrollo de su forma de pensar, sentir y relacionarse consigo mismo, lo que denominamos su estructura narcisista. Bajo esta perspectiva, no se trata sólo de que para que una interpretación sea eficaz es necesario que se realice dentro de un vínculo positivo, sino que el vínculo mismo ejerce un papel terapéutico otorgando experiencias que el paciente necesitó pero nunca tuvo. Esto ya fue recogido por psicoanalistas como Alexander, en su expresión de la terapia como “experiencia emocional correctiva”, algo que en su momento causó rechazo por implicar un papel

un tanto mecanicista del analista (Watchel, 2008), pero que hoy día se ha recuperado dentro de un sistema de ideas más elaborado.

Efectivamente, con los desarrollos de la neurociencia y con la incorporación de las aportaciones de la psicología cognitiva sobre el funcionamiento de la memoria, el papel que hoy se da al vínculo como motor de cambio está mucho más fundamentado. Como se ha sostenido en los desarrollos psicoanalíticos de las últimas décadas (Bleichmar, 1997; Clyman, 1991; Davies, 2001; Fonagy, 1999; Gabbard y Westen, 2007; Lyons-Ruth, 2000; Stern et al., 1998), el cambio no siempre, ni mayoritariamente, ha de pasar por la toma de conciencia, porque el inconsciente también cambia directamente con cada nueva experiencia que la vida va aportando, y el vínculo terapeuta-paciente debe aportar la vivencia directa de un nuevo tipo de relación que da la oportunidad para que se produzcan nuevas identificaciones y nuevos aprendizajes afectivo-cognitivos, aprendizajes que quedan inscritos en un nivel procedimental, no declarativo.

Bleichmar (1997) propone una perspectiva en la que el cambio a través de la interpretación frente al cambio a través del vínculo no son opuestos ni contradictorios, sino que ambos tipos de intervención, ambas influencias, están entrelazadas de manera que una interpretación, por más certera que sea en cuanto a capturar aspectos del psiquismo del paciente que él no conoce, no será efectiva si no se inscribe en un vínculo significativo determinado que no contradiga vivencialmente aquello que se le está transmitiendo con las palabras. Y por otro lado, una relación por más terapéutica que sea, si no se acompaña de interpretaciones que añadan autoconocimiento sobre el mundo interno, corre el riesgo de crear una dependencia del paciente respecto del terapeuta, y deja a aquél a merced de que las experiencias de fuera le sean favorables o no, sin darle recursos para que conozca cuales son los automatismos y tendencias que pueden llevarlo al sufrimiento si no ejerce su voluntad sobre ellos.

Bleichmar (2004) hace además una aguda interrelación entre su teoría de los sistemas motivacionales múltiples y el motor para el cambio, afirmando que ninguna intervención, sea vincular o sea interpretativa, tendrá efecto si no conecta con un sistema motivacional del paciente que sea suficientemente poderoso para que le compense del esfuerzo y/o sufrimiento de cambiar. Esto le lleva a hablar del “peso” o valor motivacional de toda intervención, sea una interpretación, o un tipo de vínculo, factor que ha de ser mayor que los beneficios –internos o externos– que el paciente obtenga de su modo ya conocido de funcionamiento.

Resumiendo, diremos que el vínculo terapeuta-paciente actúa como motor de cambio por la vivencia directa de un nuevo modo de relacionarse y de ser vivenciado por un otro significativo. Es productor de cambio a nivel de aprendizaje procedimental, no simbólico. Todo vínculo ha de aportar contención, validación y empatía, así como honestidad, pero desde el enfoque Modular-Transformacional se enfatiza *la importancia de que sea específico* (Díaz-Benjumea, 2010), pues se trata de aportar un modo de relación y de vivencia del otro que no repita relaciones traumatizantes anteriores. Implica también, el reconocimiento por el terapeuta de las propias dudas, incertidumbres, límites, y de las actuaciones. E implica la visualización del paciente de un modo más complejo que como el paciente se ve a sí mismo (Mitchel, 1997), un modo que vaya contra las tendencias disociativas del paciente, que ahora recibirá una mirada global y más inclusiva de sí (Bromberg, 1993).

El análisis del vínculo

Por último, hay un tipo de intervención que es específica y prototípica de todo tratamiento psicoanalítico, el análisis y la interpretación de los procesos de transferencia y contratransferencia. Pero también estos conceptos han sufrido un gran desarrollo en las últimas décadas. Hoy día por transferencia y contratransferencia se entienden las expectativas, deseos, temores, actitudes, emociones y creencias que el paciente siente ante el analista y el analista ante el paciente; son procesos múltiples cognitivo-afectivos desarrollados en la historia personal de cada sujeto, que se activan en la relación con el otro miembro de la díada, que es siempre una relación peculiar y específica (Westen y Gabbard, 2002).

La transferencia del paciente hacia el analista ha servido desde hace décadas para aportar al analista conocimiento sobre el funcionamiento mental del paciente, así como la contratransferencia del analista se veía como un medio de obtener información sobre el paciente, explorando por qué un paciente particular inspiraba sentimientos específicos. Sin embargo, el psicoanálisis contemporáneo ha aportado nuevas perspectivas sobre estos procesos. Por un lado, desde la escuela psicoanalítica relacional se mantiene una *visión intersubjetiva del vínculo terapéutico* (Mitchell, 1988; Renik, 1999; Stolorow y Atwood, 2004), se considera que el vínculo es siempre un “encuentro de dos subjetividades” (Bleichmar, 1997) con lo cual cuando se actúan configuraciones relacionales en la relación terapeuta-paciente, están implicados ambos psiquismos, el del paciente y el del analista. Esto no significa que esta implicación sea al cincuenta por ciento, como tampoco significa que lo que hay que hacer con la implicación de cada uno sea lo mismo. Efectivamente, el objetivo en la terapia será explorar los motivos del paciente que han potenciado la actuación de ese tipo de vínculo, no los del terapeuta, aunque en ocasiones específicas puede ser terapéuticamente oportuno intervenir con autorrevelaciones (Díaz-Benjumea, 2009).

El análisis del vínculo además ha ido tomando cada vez más la forma de análisis del momento presente (Jones, 2000; Stern et al., 1998; Stern, 2004; Safran y Mulan, 2000). Esto es, dirigir la atención a lo que está ocurriendo en la relación terapeuta-paciente en el momento en que ocurre, para explorarlo y trabajarlo. Se favorece así una toma de conciencia *in situ*, de modos de relacionarse característicos del paciente en determinadas situaciones vinculares, modos que han encontrado un campo fértil para su expresión en la hora de la sesión. Los episodios concretos en el “aquí y ahora”, en los que paciente y analista se engarzan en un vínculo en el que ambos “actúan” una configuración de relación objetal son críticos para el cambio; por su cualidad de vivencia e inmediatez pueden considerarse momentos de oro para la producción de profundos insight en el paciente.

Resumiendo, diremos que una herramienta psicoanalítica prototípica es el análisis de los procesos de transferencia-contratransferencia, que desde una perspectiva intersubjetiva se concibe como análisis de lo que ocurre en el vínculo analista-paciente. Éste análisis produce insight sobre el aquí y ahora de la pareja, conocimiento en vivo de los roles relacionales que se actúan. Pasa por 1) dirigir la atención a lo que está pasando entre ambos miembros de la relación; 2) la exploración por ambos de lo ocurrido; 3) la expresión por el terapeuta de cómo se ha sentido, y el reconocimiento de sus “actuaciones” si las ha habido; y 4) el paciente asocia a raíz de la configuración relacional que se ha producido, de cara que la pareja busque los motivos inconscientes que por su parte lo llevaron a promoverla.

A continuación ilustraré lo expuesto con un caso clínico detallado intentando resaltar cómo se produjo la intervención terapéutica en los tres niveles descritos y los resultados consiguientes.

Marco¹

Marco, un hombre de treinta y tantos, acudió a mi consulta privada tras pasar unos meses muy deprimido y angustiado, prácticamente sin salir de casa. De aspecto atlético y atractivo, contaba que aunque en el presente estaba algo recuperado del periodo depresivo, en realidad tenía problemas que le habían acompañado siempre. Estos consistían en su incapacidad para ganarse la vida con un trabajo remunerado: nunca lo había hecho y vivía hasta el momento de restos de un dinero recibido en herencia. Marco había cursado una carrera de ingeniería con éxito académico y privadamente pintaba y esculpía, pero nunca había osado exponer ni vender nada. Las dificultades de Marco también abarcaban la incapacidad de comprometerse en un vínculo amoroso, nunca había tenido pareja aunque lo había deseado, hacía mucho tiempo que no tenía contacto sexual con ninguna mujer y su experiencia en este sentido era muy limitada. En la actualidad le gustaba una chica, y yo pensé que esto podía ser uno de los motivos que le impulsaron a buscar ayuda.

¹ Los datos del caso descrito han sido alterados para respetar la confidencialidad del paciente.

Desde un primer momento, Marco relacionó su problemática con su padre, a quien recordaba como un hombre muy agresivo en la relación con él y con su hermano, un hombre rudo que les lanzaba mensajes desvalorizadores como que era unos inútiles que no servían para nada. A la vez que contaba estos aspectos de su relación con su padre que implicaban sentimientos de dolor y rabia, Marco también relató que el padre había muerto tras una enfermedad que duró un año y lo que había supuesto para él verlo deteriorarse, mostrando ahora una imagen de su padre frágil que a mí me pareció que le producía sentimientos de culpa mezclados con el resentimiento.

Relató que el padre había sido siempre un hombre distante y seco, pero pasó a ser agresivo y despectivo con los hijos cuando Marco tenía unos 14 años. El padre se ganaba la vida con un negocio familiar heredado del abuelo en su pueblo de origen, pero este negocio no iba bien y su madre lo convenció para que lo vendiera y se mudaran al pueblo de la familia materna. A partir de entonces, al parecer el padre dejó de sentirse capaz de mantener económicamente a su familia, pasó a ser visto como un fracasado a quien no respetaba la familia de la madre, y volcó en sus hijos su propio sentimiento de humillación y desprecio por sí mismo.

Tras las primeras entrevistas de evaluación empezamos un tratamiento cara a cara con frecuencia de una sesión semanal, que pronto aumentó a dos por petición de él.

Primeros contenidos y primeras interpretaciones

En las primeras sesiones del tratamiento Marco relató episodios de su relación con la chica que le gustaba, y esto nos dio claves importantes sobre su funcionamiento psíquico. Contó dos episodios que resultaron muy significativos. En el primero, él le estaba enseñando a la chica fotos de sus esculturas, y ella le alabó mucho su trabajo, diciendo que era realmente bueno, entonces él se sintió mal, se puso serio y comentó que él “no era de esos que se las dan de artistas...”.

Me centré en explorar por qué se sentía mal cuando le alababan, y Marco lo relacionó con su padre. Contó entonces algo que le producía mucha vergüenza compartir conmigo. Cuando estaba con su padre, él pensaba: “yo soy un genio y este no sabe quién es su hijo”. A Marco le costaba tanto contarlo que en realidad lo dijo a medias, teniendo yo que hacer un esfuerzo por entender lo que quería expresarme. Relató que él inventaba cosas de pequeño, leía cosas de mayores, se aburría en la clase porque ya sabía lo que explicaba el maestro, era muy precoz. De algún modo, él tenía una percepción de sí mismo como superdotado, y eso contrastaba con los mensajes negativos que su padre le lanzaba, como “en esta casa nos vamos a ahogar en libros”, e insultos, entre ellos el de “marica” porque no era rudo como él; al padre no le gustaba que leyera y que fuera sensible.

Lo que se hizo entonces claro para mí y que fui transmitiendo a Marco fue que había dos imágenes muy contrastantes y opuestas de sí mismo y de su padre, y que tenía que ser difícil vivir con ellas. *Por una parte me hablaba de sentirse inseguro y nada válido, otorgando valor e identificándose con el discurso del padre sobre él. Por otra, lo que ahora aparecía era un self grandioso, unido a la rabia y la crítica hacia el padre por no haberlo valorado. Este self grandioso, que le provocaba tanta vergüenza compartir, podía estar basado en capacidades reales que yo no dudaba, pero tampoco dudé de que tenía un papel defensivo ante su otra identidad insegura, denigrada y humillada.*

Mi impresión era que su padre, que era rudo y se sentía dependiente de la madre de Marco y la familia de ésta, pudo tener envidia de él. El padre ejerció una identificación proyectiva sobre su hijo de su propio sentimiento de inferioridad. Y Marco por otro lado debió haber sentido que cada cosa buena de él era una amenaza para el equilibrio narcisista de su padre, porque le causaba envidia e irritación. Cuando le transmití a Marco esta interpretación él asintió diciendo que lo creía exactamente así. Y su madre, comentó, aunque era dulce y cercana, no le defendía. Continué diciendo que ahora, cuando alguien aprecia cosas buenas de él, puede sentir a la vez de placer el temor de causar envidia y rabia en el otro, de que el otro acabe rechazándolo.

El segundo episodio que contó trataba también de su relación con la chica a quien pretendía. Se atrevió, por primera vez en su vida, a decirle a una mujer que a él le gustaba mucho, que quería ir adelante con ella, a lo

que ella contestó que de momento no podía ser porque ella tenía pareja... algo que él ya sabía aunque no conocía el estado de aquella relación. Cuando Marco llegó a su casa se angustió enormemente ante el pensamiento de que ahora la chica le despreciaría, porque tenía a dos hombres interesados en ella y eso le subiría su ego. No sucedió eso, pero ese temor muestra otra parte de sí, un temor hacia lo que él espera de una mujer si se entrega. Eso mostraba *una nueva configuración objetal, esta vez respecto a él relacionándose con una mujer: él dependiente y vulnerable frente a una mujer que lo desprecia.*

Características del vínculo desde la primera etapa

Contención de la vergüenza enmascarada tras la intelectualización

Desde que empezamos la terapia, Marco se mostró en la relación conmigo con deseos de recibir ayuda. Comentaba que estaba descubriendo mucho de sí mismo, se daba cuenta de los automatismos que saltaban y le hacían reaccionar del modo que lo hacía y quería pararlos. O sea, se había establecido un buen vínculo inicial.

Sin embargo, lo que resaltó más en las sesiones de la primera época del tratamiento era su gran intelectualización, su tendencia a no expresar emociones concretas, sino más bien a contar de forma oscura, enrevesada, lo que le ocurría. Me costaba entenderlo cuando hablaba, y yo tenía la sensación de que *por un lado quería ser entendido pero por otro se ocultaba ante mí detrás de sus palabras metafóricas*, lo que me dio idea del nivel de vergüenza que debía sentir. Sin embargo, ante cosas puntuales que le iba diciendo reaccionaba con mucho interés, con sensación de ser comprendido y con ganas de ser ayudado. Ante su dificultad para trabajar decía por ejemplo que estaba paralizado, preso de “imágenes”, hablaba de procesos de “atención” y de “conflictos” internos, pero no era capaz de darme ejemplos concretos para que yo entendiera a qué llamaba “imágenes” o a qué se refería con “atender”. Yo hacía en esas sesiones un gran esfuerzo por intentar traducir sus palabras a las mías y devolvérselas para comprobar si había captado lo que él me quería transmitir.

Hacer explícito el objetivo

A la vez Marco insistía en su urgencia de que le ayudara a obtener recursos para poder ganarse la vida. Yo pensé entonces que teníamos que desarrollar un campo intersubjetivo, de complicidad, mediante la búsqueda mutua de un lenguaje común con el cual entendernos *los dos* cuando hablábamos de *su* mundo interno. De momento, me bastaba con comprenderle, con crear una atmósfera de interés en la comunicación profunda, sin que él se sintiera despreciado ni juzgado, sino entendido, un clima en que yo le iba dando palabras de entre las cuales él tomaba algunas que le servían para pensar en ellas. Por ejemplo, en determinado momento le dije que esas imágenes que le asaltaban y le impedían hacer nada (inútil, vago, loco), no eran solo imágenes, también implicaban emociones, y entre ellas una actitud de agresividad, de rabia hacia sí mismo.

Crear este clima se volvió un objetivo para el tratamiento, más allá de que el objetivo de trabajar tuviera que aplazarse, y así se lo expliqué. La importancia de hacer explícito el objetivo implicaba en este caso cuidar de que nuestra relación no repitiera un tipo de jerarquía arbitraria susceptible de ser vivida como abuso, que es en lo que él había estado inmerso por su figura de identificación más importante en su desarrollo.

Reconocimiento global de su ser en mi mirada

Un día Marco empezó la sesión diciendo “no me perdono, ni perdono a mi padre”. Me pareció que esto representaba su disociación interna, al manifestar que sentía rabia hacia su padre pero a su vez sentía culpa en

relación con la rabia. Es profundamente contradictorio, porque si él reconoce que su padre le hizo ser quien es, no sería tan implacable consigo mismo, y si se culpaba él, no le tendría esa rabia a su padre. Pero él mantenía ambas actitudes sin contradicción: rabia y culpa, grandiosidad e inferioridad. Creo que en esas sesiones, en las que yo continuaba intentando comprenderle, eso era el mejor modo de ayudarlo, porque lo veía muy disociado, sufriendo por ello y la conexión con alguien que lo viera globalmente, además de con valoración y reconocimiento, le era necesaria. Con esto aludo a la función del analista resaltada por Bromberg (1993), quien ante los pacientes en cuya personalidad la disociación es un aspecto importante, plantea como factor crucial de cambio que el paciente vaya aprendiendo a mirarse con los ojos del analista, de un modo que incluya en una misma representación global los muchos aspectos contradictorios que el paciente sólo puede vivenciar alternativamente.

Señalar y cultivar sus partes funcionales

Marco se sentía desesperado al verse a las 11 de la mañana en su casa sin trabajar, sin hacer nada. Eso me hizo pensar que lo embargaba un sentimiento de *desesperanza* ante llegar a estar mejor, lo cual él me confirmó. Le contesté que debía tener paciencia consigo mismo y le llevé a que tomara conciencia de que tenía un trastorno, pero que podía tener esperanza en que las cosas cambiarían. Me agarré entonces a una frase que él mismo dejó caer entre su discurso “hay cosas que sí funcionan bien en mí”. Y le alenté a hacer cosas que sí podía y llevaba tiempo abandonadas, en un intento de que conectara con las partes de sí que funcionaban bien, no sólo con las que no funcionaban y lo tenían desesperado. Ejemplos de esto eran el deporte, y también su vertiente artística. No hacía nada desde hacía tiempo, y le dije que aunque no cobrara por ello, hacer lo que sí podía le ayudaría a recuperar cohesión interna y autoestima. Le alenté también a que conectara con sus amigos, porque tenía capacidad para relacionarse. Intentaba a su vez que saliera de lo que me parecía un *autocastigo infligido a sí mismo* por no trabajar, un círculo vicioso que lo hacía sentirse cada vez peor. Con esto no sólo lo estaba alentando a actos que creía iban a mejorar su sentimiento de sí, sino que además estaba transmitiéndole que yo también apreciaba sus recursos, sus funcionalidades, que eso entraba en la visión que yo tenía de él, como de hecho así era.

Análisis del vínculo explorando los procesos de transferencia-contratransferencia

Muy pronto en el tratamiento trabajamos nuestro vínculo, porque capté reacciones tuyas para conmigo y las puse sobre la mesa. Expondré dos episodios en los que nos fue muy útil la exploración de lo que ocurría entre nosotros en el aquí y ahora de la sesión.

Episodio 1º: Análisis de una relación de objeto puesta en marcha en el vínculo

En esta sesión noté que estaba reaccionando repetidamente conmigo de un modo chocante, decía algo y se desdecía a continuación; a su vez, cuando yo intentaba intervenir él me paraba, no me dejaba, como queriendo decir antes que yo lo que a mí se me pudiera haber ocurrido. Se lo señalé, y le pregunté si temía algo cuando yo iba a hablar. Esto sirvió para que dirigiéramos nuestra atención a nosotros.

Tras un momento de extrañeza, Marco asoció lo que le estaba pasando conmigo a lo que le ocurría fuera con la chica que le gustaba: él pensaba que si le pedía que hablaran sobre por qué ella se retiraba después de momentos de gran intimidad, ya no estarían equilibrados porque uno estaría manifestando más interés que el otro, y eso no era bueno, y además las mujeres tienden a despreciar a los que muestran interés... Una vez más,

Marco manifestaba que *ante la manifestación aun implícita de sus sentimientos a una mujer, activaba configuraciones relacionales de poder y sometimiento.*

Tras su asociación, yo volví a dirigir la atención a nosotros, y le pregunté directamente si él se sentía humillado de que yo le dijera cosas sobre él... me reconoció que sí, aunque con esfuerzo. Me confesó que con las mujeres tenía el temor de ser visto como él se ve a sí mismo: inútil, incapaz, nulo. Y me reconoció que en una sesión anterior, cuando yo le hablé de su disociación, o de que no se exigiera trabajar ahora porque tenía un trastorno, él pensó que entonces su padre tenía razón cuando lo llamaba loco. Pero añadió enseguida que él sabía que yo no lo había dicho en ese sentido... Él temía que la cercanía y dependencia afectiva lo hiciera vulnerable a una mirada del otro que confirmara su propio autodesprecio y desvalorización.

Entonces Marco recordó en la sesión nuevos episodios de su adolescencia conectados con todo esto, relató que a su madre le gustaba un médico de familia al que acudían, y rememoró escenas en que los vio relacionarse, notando su mutua atracción.

Episodio 2º: Análisis de un proceso de transferencia-contratransferencia que incluía “actuación” del terapeuta

En esta otra sesión yo le había estado sugiriendo ideas para buscar trabajo, como hablar con su cuñada sobre una propuesta que ella le había hecho hacía tiempo y él había rechazado, para ver si podía recuperarla y aceptarla junto con un compañero suyo... Marco me dijo que no había hecho lo que pensamos, ni siquiera consideró la idea, porque su hermano estaba teniendo problemas con su novia y él no quería ponerse en contacto con ella en esas condiciones. Me pareció obviamente una excusa y por tanto seguí preguntándole las razones para no intentarlo, hasta que finalmente me dijo que no le apetecía hacerlo...

Después de un buen rato interactuando en la sesión con una subida progresiva de carga emocional, yo tomé conciencia de algo que estaba ocurriendo entre nosotros y se lo mostré: *le dije que me sentía a mí misma presionándole para hacer algo que él no quería hacer, y entonces lo sentía a él reaccionando contra mí, en una actitud de rebeldía.* Le sugerí entonces que analizáramos esto que nos acababa de ocurrir. Él al momento reconoció que lo veía igual que yo. Le dije a Marco que yo había sentido su demanda insistente para que le ayudara ante su imposibilidad de trabajar, pero cuando me implicaba en ella sentía que él se autoafirmaba en que no lo haría, como un chico rebelde que se opone a que le sometan. Le dije también que era importante que viéramos de dónde procedía este tipo de relación, en la que él anhela trabajar y pide ayuda, pero por otro lado vive como sometimiento el esforzarse por ello.

Marco se entusiasmó con este descubrimiento, sintió que había dado en el clavo de lo que le ocurría no solo aquí, sino en muchas situaciones. En la sesión siguiente acudió queriendo seguir hablando del tema, y recordó acontecimientos de su adolescencia, una época en la que era patológicamente tímido y no podía relacionarse, en la que vivía encerrado en su habitación porque las calles del pueblo en las fiestas le producían angustia y su padre, por la fuerza incluso física, le obligaba a salir.

Por mi parte, estuve pensando en todo lo que nos había ocurrido ¿Había sido positiva mi “actuación” como terapeuta? Una actuación del analista implica que éste deje su actitud de distancia-implicación óptima para relacionarse con el paciente adoptando un rol dentro de una configuración objetal. A lo largo de la sesión me di cuenta de que yo le “presionaba” para que fuera en una dirección y me topaba con su negativa “rebelde”, ambos papeles con gran carga emocional. Yo sentí que Marco me había arrastrado a ponerme en ese papel, aunque también sé que no todos los terapeutas se hubieran dejado arrastrar, yo estaba actuando un rol que en alguna medida tenía que ver conmigo, pero también tenía que ver con algo que él había contribuido a crear, y eso es lo que me interesaba explorar.

Lo que nos había ocurrido es un ejemplo de *identificación proyectiva* en el proceso terapéutico. Una parte del paciente, fruto tanto de introyecciones de lo que vivió interpersonalmente, como de sus propios sentimien-

tos y fantasías, es disociada del núcleo del self consciente en ese momento y de un modo inconsciente y automático, para librarse de ella, activamente provoca que sea el otro el que la sienta. El paciente empuja así al terapeuta a determinados estados internos que son suyos pero no están integrados en su sentido de sí mismo. Sin embargo, desde una perspectiva intersubjetiva del proceso analítico no podemos pensar que esto ocurre sin la participación de la pareja en la díada. Efectivamente, para que se produzca la identificación proyectiva, algo preexistente en el otro debe hacerlo susceptible de asumir el estado mental que se le provoca.

Tanto Marco como yo supimos que estábamos dando con algo nuclear de su problema. Sin embargo, yo me sentía ambivalente respecto a lo que había pasado. Renik (1999) ha señalado que una actuación del terapeuta no es ni buena ni mala en sí misma, sino que depende de que sirva para el proceso analítico o lo entorpezca. Yo estuve segura de que habíamos dado un paso adelante en el conocimiento de Marco, pero a la vez pensé que debía tener cuidado con mi tendencia a asumir el rol en que me había puesto, representando un papel en que él me asignaba, mediante la identificación proyectiva, una actitud de presión que él había sentido por parte de su padre pero que había sido introyectada, y que ahora me la proyectaba a mí y yo la asumía porque de algún modo coincidía con algo que me pertenecía.

Por un lado yo sentí que había sido bueno que yo representara a su objeto interno, que me implicara hasta permitir su identificación proyectiva sobre mí, porque nos había permitido la toma de conciencia y la exploración después. Por otro lado, estuve alerta ante el riesgo de instalarme en ese papel, porque si yo adoptaba el rol de su padre él se sentía sometido por mí, *pero yo debía transmitirle que el dilema era suyo*. Marco asociaba trabajar con someterse a los dictados de su padre (aunque luego, racionalizando, ampliaba este dictado a toda la sociedad, en un discurso en que denunciaba los trabajos alienantes de construir cosas en serie). El objetivo entonces se volvía que pudiera elaborar y deshacer esa asociación dentro de él. Pero si yo le facilitaba que externalizara su conflicto y lo escenificara conmigo, nunca lo reconocería como propio.

Concluí que la actuación había sido positiva porque había servido para su insight posterior, y no para aumentar sus defensas ni para provocar alejamiento de mí. Además de su entusiasmo por sentir que estábamos dando en el clavo, Marco pidió asistir más sesiones mientras pudiera económicamente, y a partir de entonces su insight de lo ocurrido en la transferencia-contratransferencia conmigo produjo nuevos momentos de autoconciencia, ahora realizados por sí mismo, sobre sus reacciones transferenciales. Por ejemplo, en otra ocasión en que yo le sugería los pasos a seguir para realizar algo que él había pensado, me dijo “tengo que reconocerte una cosa, debo decírtelo. Conforme hablas, por dentro estoy sintiendo: no, no lo haré, no me gusta, no es algo digno de mí”. Vimos entonces que su self grandioso se activaba, como defensa frente a su inseguridad y su pánico ante ser juzgado por su trabajo. Marco entendió muy bien esa relación entre dos estados de sí mismo. Y yo le reconocí su capacidad de mirarse desde fuera como un importante recurso que él poseía, a lo cual él comentó que sentía que todavía esa capacidad era muy incipiente y necesitaba del tratamiento para reforzarse.

Primeras manifestaciones de cambio

Marco empezó a salir y relacionarse y se implicó en actividades conectadas con sus intereses, como la colaboración en una organización profesional de su campo con ideario ecológico y cooperativo. Esto significó para la terapia el poder analizar cómo se relacionaba fuera y nos aportó información útil para su proceso.

Marco valoraba mucho las actitudes críticas y reivindicativas, se quejaba entonces de sentirse cobarde, porque se sentía inseguro, sin nada que ofrecer, y no se atrevía a intervenir en las reuniones de la asociación. Tenía valorizada la capacidad de confrontar a personas con liderazgo y también a los pares (la subversión estaba en su ideal del yo), lo que fue asociado con la vergüenza por su parálisis ante las agresiones de su padre, ante quien nunca se sublevó. Por ejemplo, ante un profesional que coordinaba proyectos de la asociación y que en respuesta a una protesta de algunos miembros dijo “es mi experiencia que...”, él protestaba interiormente “todos somos iguales, qué se ha creído...”

Por otro lado, su actividad asociativa también le procuraba sentimientos de otra índole, positivos y ambivalentes. Gozaba relacionándose con otras personas, pero sentía sin embargo vacío y extrañeza, falta de integración, desconexión... vivencias íntimas que me parecieron producto de aspectos disociativos de su self. Aunque él no valoraba esas actividades como logros, porque tenía claramente marcado el objetivo de trabajar ganando dinero, yo valoré sus salidas porque pensé que constituían un paso hacia dejar el “espléndido aislamiento”, expresión que desde Freud designa en psicoanálisis a la reclusión evitativa propia de ciertos trastornos fóbicos para mantener un frágil narcisismo libre de toda amenaza.

La desinhibición de su agresividad

Sentimos que algo estaba cambiando cuando él comenzó a comportarse de un modo autoafirmativo, a veces incluso agresivo, en el grupo. Discutió con fuerza y decisión con el profesional líder como nunca antes lo había hecho, y se enfrentó a un compañero que lanzaba bromas de mal gusto, en una ocasión incluso reduciéndolo en el suelo. Las personas que lo conocían estaban extrañadas. En definitiva había un movimiento hacia la desinhibición de su agresividad. Él insistía en que no se sentía descontrolado, ni fuera de sí, sino potente, y en todo caso era una sensación nueva para él.

Yo me daba cuenta de que había probablemente un “exceso” en su autoafirmación, que estaba sobre-reaccionando, pero me parecía que era una etapa necesaria para que tuviera la vivencia de que su agresividad no era tan destructiva ni desbordada como él había temido siempre. Le dije que yo pensaba que estaba explorando su agresividad –dónde, cuánta, cuándo– para defenderse, para autoafirmarse, que por primera vez se la estaba permitiendo... Y él se sintió bien cuando le comenté que me parecía un cambio positivo, porque le había dado vergüenza contarme sus enfrentamientos, temía que yo lo juzgara ya que él mismo se juzgaba y por ello nunca se lo había permitido.

De hecho, Marco había practicado durante gran parte de su juventud artes marciales, y se describió a sí mismo hasta entonces como sumiso, siempre diciendo “buenas tardes”, “por favor”, de manera que su hermano le decía que parecía “un robot amable”; ahora se sentía cambiado, más espontáneo y más vital.

Mi interpretación de lo que ocurría era que su rabia, provocada por las agresiones del padre, por la lucha de poder que éste había planteado con él, había estado bloqueada por su culpa y su miedo. A través de la práctica de artes marciales él había sentido en su juventud que regulaba su agresividad, aunque al venir aquí no me habló de ello como una buena experiencia, sino que lo juzgaba mal porque lo sentía contrario a sus ideales pacíficos (ideales que tenían una función de formación reactiva). El control de su agresividad le hacía permanecer congelado, inseguro, paralizado... Sentía su rabia peligrosa (porque intuía fragilidad en el padre), se sentía culpable por su rabia (al saber al padre frustrado, inseguro, frágil tras su agresividad). A mi parecer, a la vez que la rabia de Marco hacia el padre había habido en su adolescencia una percatación de la fragilidad de éste y una conciencia de su propia superioridad intelectual. Esa inhibición y fuerte bloqueo emocional estaban ahora cediendo, lo que significaba que se sentía menos peligroso y estaba atreviéndose a explorar formas de relacionarse que incluían autoafirmación, incluso autoafirmación agresiva, aunque fuera de un modo torpe y excesivo o inoportuno.

El trabajo a lo largo del proceso con la temática de su inhibición para el trabajo y los contenidos asociados

Intervenciones para la acción (Frank, 2002)

Siguiendo el tema que le urgía, muy pronto nos centramos en sus dificultades para trabajar, y como lo vi tendente a la abstracción e intelectualización, sugerí metas, objetivos concretos, a partir de los cuales podríamos

explorar las emociones que surgieran. Con esto quería conseguir varias cosas, por un lado alejarlo de su tendencia a evadirse de lo concreto a través de la intelectualización, de su tendencia a evitar la acción recluyéndose en la divagación de su discurso, y también de su desconexión afectiva que le llevaba a tratar sus temas sin implicación emocional, como si fueran problemas teóricos; y por último, moverlo de su “espléndido aislamiento” en el que evitaba enfrentarse a actos que le eran tremendamente temidos, y así olvidaba los motivos por los que los temía y el temor mismo.

De manera que exploramos juntos los medios para poder encontrar algún trabajo (comentar su interés a la familia, a los compañeros que trabajan, dejar currículum en estudios de diseño). Ante esto surgieron en Marco distintos miedos, uno era el *miedo a no dar la talla, no saber* (por ejemplo, se planteaba que si trabajaba en el estudio de un ingeniero conocido y le encargaban un proyecto no conocería el reglamento legal para llevarlo a cabo). Otro *miedo era a llenarse de rabia y no saber contenerse* si su superior manifestara hacia él impaciencia o cuestionamiento. Pero había temor incluso ante el hecho de comentar a un amigo suyo que él necesitaba y quería trabajar, porque esto suponía manifestar una debilidad y le producía una indecible *vergüenza*.

Reviviscencia de situaciones temidas en el encuadre seguro del vínculo

Sin embargo, poco a poco hubo un movimiento en el sentido de ir pudiendo imaginar, en el contexto de la sesión y el vínculo conmigo, escenas en que hablaba con una compañera de carrera que trabajaba en una empresa, o con un amigo que trabajaba en un despacho... y lo iba viendo posible, podía imaginarse en la sesión, mientras estábamos juntos, como capaz y con cosas buenas que ofrecer. Dedicamos muchas sesiones a imaginar cómo dar estos primeros pasos sin que le produjera rechazo.

Yo vi esto también como un paso adelante, sentía que la fobia estaba cediendo, aunque lentamente. A mi parecer, se producía en la sesión un verdadero acoplamiento de experiencias (Bleichmar, 2004). Por un lado revivía en su imaginación escenas temidas, como mostrar ante otros su deseo de trabajar y su necesidad de ayuda, provocadoras de un pánico abrumador que podría catalogarse de vergüenza señal, anticipadora de una vergüenza abrumadora (Lansky, 2007) y por otro lado, estaba vivenciando estas escenas en el contexto seguro de su relación conmigo. Mi sensación era por tanto que estábamos en buen camino. Por primera vez él se expresaba y hablaba de las posibilidades que tenía, y por primera vez decía que intentaría hacer algo esta semana, aunque estos logros no se correspondían directamente con actuaciones fuera: no lograba hacer lo que había imaginado en la sesión. Sin embargo, sí realizaba otras cosas nuevas, como actividades de su asociación.

Nuevos contenidos: su culpa e identificación con el padre

Durante un tiempo fue objeto de nuestro diálogo el tema de un profesor eminente de la facultad donde había estudiado que lo había señalado durante la carrera como alumno especialmente brillante, y pensamos la posibilidad de que fuera a verlo y le llevara algunos de sus trabajos artísticos con objeto de exponerlos en una sala que el profesor dirigía. Marco se reía nervioso, con placer, aunque pasaron meses sin poder dar un paso hacia realizar el plan.

En una sesión Marco contó que sentía dos miedos ante la idea de ir a ver al profesor que podía facilitarle exponer. Uno es que le dijera que su trabajo no valía, y otro que le dijera que sí. Su temor a ser rechazado era fácil de explicar (se despertaban los fantasmas de la denigración y los insultos recibidos por su padre), pero teníamos que explorar su segundo temor, su sensación de “vacío” después del elogio. Me atuve a frases que él mismo decía: “Si pierdo esa forma de relacionarme con él, en que él me denigraba, me quedo sin nada, es todo lo que tengo...”, que me dieron claves para interpretar su *miedo a perder a su padre internamente si renunciaba a adoptar el rol que éste le había impuesto*.

Fue emergiendo entonces *un profundo sentimiento de culpa por superar a su padre*. Relató recuerdos de su adolescencia en los que veía a su padre sufrir por sentirse fracasado, porque no tenían para pagar cosas elementales de la vida cotidiana y Marco se sentía mal por no poder hacer nada, impotente y con sentimientos de dolor y de culpa por la penuria económica de ellos. Estos recuerdos estaban asociados a emociones intensas, desgarradoras a veces: se recordaba siendo un adolescente mirando por la ventana de su cuarto y llorando al ver llegar a su madre del pequeño negocio que tenía. En esta época se “castigó a sí mismo” sin salir de casa, encerrándose en su habitación durante años. Se volcaba en cosas que hacía y algo dentro de sí le decía que tenía potencial, capacidades no usuales (arreglaba una lavadora, la convertía en un torno...). Pero prevalecía en él la imagen que su padre le había dado de él, la de que sólo servía para estudiar, pero no para arreglar los problemas: “comeremos libros”, “no sirves ni para esconderte”.

En nuestro diálogo, yo iba interpretando lo que veía, y él iba afirmando con mucha emoción. Le dije a Marco que él captó que tras los mensajes desvalorizadores del padre, éste se sentía fracasado, incapaz de mantener económicamente a su familia, y de mantener el amor y la valoración de la madre. Le dije que los insultos que su padre le dirigía a él eran un reflejo de cómo su padre mismo se sentía “eres tú el inútil, no yo”. Entendí que gran parte de la inhibición de Marco era un autosacrificio; él se dejó machacar por su padre porque era el único modo de salvarlo. Ponerse a trabajar, tener éxito, sería superar al padre, confirmar a su padre como el fracasado que él se sentía. Esto constituyó un paso importante en mi comprensión del caso, porque lo que estábamos viendo era que *había una motivación para identificarse con el mensaje paterno denigrador: la culpa por superar a un padre al que ve fracasado, no valorado por la madre, incapaz de mantener a la familia*. Esta motivación formaba parte del núcleo de motivaciones que sustentaban el síntoma y por tanto de las resistencias al cambio.

El trabajo a lo largo del proceso con la temática de su relación amorosa y los contenidos asociados

Paralelamente al tema de su inhibición para el trabajo, Marco traía también el de su inhibición para el compromiso afectivo. Durante la época en que salía y se relacionaba había conocido a Sara, una chica que sí estaba libre, y empezó a salir con ella. Comenzó una sesión diciendo que tenía que contarme algo que le producía una enorme vergüenza. Hacía dos semanas que había iniciado su relación con Sara y tuvieron un primer encuentro sexual en el que él no funcionó. Era la primera vez que fallaba sexualmente y nunca lo había sospechado porque su sexualidad en solitario iba bien. Se sintió muy mal, pensando que además tampoco funcionaba como hombre; había ido al urólogo y estaba muy preocupado. No había sido capaz de contármelo porque la vergüenza le abrumaba.

Finalmente en encuentros sexuales posteriores superó el problema. El tema dio lugar a que habláramos de cómo las convenciones de género le habían hecho vivirlo de un modo tan persecutorio, aunque él lo hubiera entendido perfectamente si le hubiera pasado a su pareja. Valoré que hubiera sido finalmente capaz de superarlo, en cuanto eso significaba que su experiencia de Sara como alguien amoroso, cuidador, se había impuesto frente a sus objetos internos persecutorios; porque creo positivo enfatizar las vivencias que los pacientes suelen olvidar, que contradicen o no confirman sus peores temores y que sin embargo pueden tomarse como modelo para posteriores logros. Esto era importante por ser una muestra de que podía vencer sus inhibiciones, una experiencia de empoderamiento.

Después, cuando la relación de pareja se estableció, surgió una temática de celos e inseguridad. Con dificultades también para llamar a las cosas por su nombre, debidas a su vergüenza, yo iba traduciendo su oscuro discurso en palabras más directas, cosa que él me agradecía: se sentía tremendamente inseguro porque Sara tenía una profesión mientras que él seguía sin poder ejercer la suya. Su relación con ella tenía muchos límites en cuanto a la intimidad que Marco osaba compartir, de hecho no le contaba nada de su problemática ante trabajar, ni de que venía a tratamiento.

Los celos de Marco llegaron a ser obsesivos. Veía en todo signos de infidelidad, y se preguntaba si haría o no bien espiándola. Estaba paralizado, sin saber qué hacer. Entonces yo le ayudé en la tarea de discriminar la parte de su percepción que era reflejo de sus temores, de la que reflejaba la realidad, *sin descalificar de entrada su intuición*. Por lo que contaba, me parecía que todo era fruto de su inseguridad, y los dos llegamos a ver que él sentía profundamente que no tenía nada por lo que mereciera la pena ser querido. En una ocasión le dije si no creía que tenía algo por lo que ella estaría enamorada de él y le pregunté por qué le costaba tanto plantearse esa posibilidad. Esto le llegó profundamente, lloró en la consulta y mucho más cuando llegó a su casa. Pensar que tenía algo valioso como para que ella estuviera entusiasmada con él le hacía sentir un conglomerado de emociones intensas, que yo intenté desentrañar durante varias sesiones y que él no podía describir, pero le conmovía enormemente. Yo perseguí la idea de que tenía una fuerte resistencia para sentirse a sí mismo como alguien merecedor del amor de una mujer, busqué qué motivaba esa resistencia (¿miedo a ilusionarse, a decepcionarse, separación de su padre al deshacer la identificación con el padre fracasado y no valorado por su mujer?) y por qué le era más fácil entender el mundo con los constructos sobre sí mismo de siempre, a pesar del sufrimiento que le causaban.

Tras estas sesiones los celos de Marco se desactivaron y él se sintió contento y entregado de nuevo, pero como era de esperar, volvían periódicamente y lo trabajábamos cada vez, dando pasos en cada ocasión hacia una mayor comprensión.

Asociados a este tema de sus celos y su dificultad para la confianza en la entrega amorosa, le vinieron nuevos recuerdos de cuando era adolescente, cuando se encerraba en casa, por un lado sintiéndose especial, haciendo cosas (lo que le hacía sentir que podría superar a su padre), por otro con un enorme sentimiento de culpa por no poder sacar del apuro económico a la familia, asumiendo que no valía para nada. Yo entendí que él se identificaba de nuevo con un padre que no había sido reconocido por su madre ni la familia de esta, que había sufrido el hecho de que la madre no lo valorara y coqueteara con otro hombre, y de quien, a pesar de su agresividad y su rudeza, Marco se había compadecido, y con quien se había identificado. *No es sólo que temiera revivir la relación que había contemplado entre sus progenitores*, yo partía de la base de que *además había una motivación para identificarse con su padre y ésta era la culpa de superarlo*.

En determinado momento, pudimos trabajar también la conexión que estableció entre sus dos temas nucleares, sus dificultades amorosas y con el trabajo. Un día él dijo al llegar: “tengo que hablar de dos temas” (se refería al de Sara y al de la cita con el profesor). Y como efectivamente parecía intuir él mismo con su comienzo, llegamos a ver claramente que su inseguridad ante quedar con el profesor y el terror a sentirse después aniquilado en su autoestima, le motivaba a volverse hacia Sara y sentir que ella no le daba a él un sitio de respeto, *proyectando en Sara su propio sentimiento de poca valía, y desplazando su angustia hacia algo en lo que sentía menos indefenso*: se obsesionaba entonces con los celos. Mi interpretación le sirvió, sus defensas estaban ya en esa época mucho más débiles, porque él y el vínculo conmigo estaban más fuertes.

Pero también estaba la otra motivación, más directa, en la que el recuerdo de su madre coqueteando con otro hombre era activado a raíz de señales de Sara. Contaba un día que la ha visto distante, no le ha invitado a acudir a una fiesta de sus amigas, y él pensó que había otra persona, llenándose de miedo, desesperación, impotencia y miseria, de humillación por implicarse y no sentirse correspondido. Cuando lo hablamos aquí no me pareció que su intuición fuera verídica, y él por otro lado también lo acabó viendo así, aunque su emoción era tan fuerte que suponía para él un esfuerzo descomunal no fiarse de lo que sentía. Sin embargo, conseguía contenerse y no reprochar nada a Sara porque sabía que podía ser él la causa de su propio estado. Me pareció importante señalarle que ese mismo esfuerzo tendría que hacerlo con el tema del trabajo, un esfuerzo por la discriminación entre sus fantasmas del pasado y situaciones presentes. Marco lo iba viendo cada vez más claro y yo le señalaba el magnífico recurso que poseía, que traía ya consigo pero aquí había conseguido desarrollar cada vez más, de *poder mirar desde fuera a su propia mente* incluso en los momentos de fuerte carga emocional.

Y cada vez que estos episodios volvían, nuevas imágenes de su pasado eran recuperadas, como su padre frágil y derrotado diciendo a su madre “Haces que los caballos me pasen por encima”, refiriéndose a la familia

materna que humillaban al padre por no ganar dinero. Entonces Marco contó que su padre, antes de abandonar su pueblo y su negocio familiar –antes de entrar en la época de rudeza y ataque a los hijos– tuvo también cariño hacia ellos, que él sabía que su padre lo quería, lo veía en las fotos, lo recordaba. Al final de su vida, contó, su padre volvió a ser así, quería vivir con ellos y cuidarlos mientras estudiaban... Hubo también cosas buenas a las que se aferró y que dieron lugar a que incorporara de la manera que lo hizo los mensajes terribles posteriores del padre hacia su hijo.

Último período del tratamiento

Nuevas sesiones de trabajo con el vínculo

Marco tuvo un encuentro con su profesor y quedó en que le enseñaría sus esculturas. Por otra parte, expuso sus cuadros en casa de su novia ante amigos y conocidos de ambos, era la primera vez que hacía público su trabajo e incluso que hacía saber que él tenía inquietudes artísticas, era una faceta de él que nadie conocía.

Sin embargo, el dinero del que vivía se iba agotando, con lo cual la necesidad de trabajar se hacía cada vez más acuciante, tanto más porque él sabía que de ello dependía que pudiera seguir con el tratamiento, lo que él sentía indispensable para seguir evolucionando. Por todo esto, la presión interna para trabajar se hizo muy fuerte, y esto llevó a momentos en la terapia de gran tensión, que dieron lugar también a nuevos momentos de crisis en el vínculo que pudimos trabajar fructíferamente.

Venía a las sesiones queriendo encontrar una clave que rompiera su fobia, porque así es como yo concebía también su problema: el núcleo duro de sus inhibiciones era una verdadera fobia a realizar cualquier trabajo remunerado, y conforme nos íbamos acercando a este núcleo duro, le embargaban sentimientos de impotencia y desesperación, sintiendo que jamás podía superarlo. De nuevo, si yo le sugería posibles alternativas como dar clases particulares, él reaccionaba con fuerte rechazo interno a lo que le decía, rechazo que tenía las dos vertientes ya descritas: por un lado no sabría hacerlo, por otro incluso más intenso, él no podía rebajarse a eso, estaba preparado para hacer cosas de más alto nivel...

Por tanto tuvimos nuevos momentos en que enfocamos el análisis de nuestro vínculo. Hubo una sesión realmente difícil en la que yo sentía que no nos entendíamos. Cuando yo intervenía él me cortaba diciendo que entendía, pero lo que respondía implicaba que no era así. Su actitud era negativa, opositora. Decía que se le acababa el dinero, que tendría que dejar la terapia, y que no había salida, pero planteaba todo en términos de problemas externos: la crisis económica, la falta de trabajo...concluía que no era un asunto para hablar conmigo. Yo no estaba de acuerdo con esa visión, pero lo veía tan defendido y resistente que lo que yo pudiera decirle no servía para nada.

Le dije en varias ocasiones: “¿Qué nos pasa? Siento como si hoy no pudiéramos entendernos”. Acabé la sesión preocupada, aunque esta vez yo no había actuado mis emociones tenía conciencia de que había sentido irritación interior, impaciencia, ganas de golpear sus defensas... y el saberlo me hacía temer que yo hubiera tenido una actitud negativa para el proceso.

Sin embargo, la sesión siguiente fue intensa y rica. De nuevo conectamos, él venía con otra disposición y yo le planteé hablar de lo que nos había pasado el día anterior. Me reconoció que había estado cerrado, lleno de rabia y de impotencia y sin ver ninguna opción, sin poder escuchar... No recordaba muy bien el contenido de lo que habíamos hablado, pero sí su estado de ánimo, yo le reproduje parte de nuestro diálogo y le dije que había visto en él no sólo un enorme miedo a trabajar al servicio de otros para ganar dinero, sino también una resistencia activa, interior, un verdadero opositorismo, como sintiendo que hacerlo significaba someterse... por eso ante su queja de querer trabajar le dije que debía tener en cuenta *que él había decidido no hacerlo, pero estaba desconectado de esa decisión.*

Esto llevó a que recordara de nuevo imágenes del pasado, incluyendo ahora escenas nuevas de su época de

los 15 años. Su padre diciendo siempre “Comeremos libros, no sirven para nada”, y su tío reprochándole al padre que consentía que los hijos estudiaran en vez de ponerse a trabajar. Admitió sentir mucha rabia en su interior y una actitud de decir “¡No!” cuando su padre negaba sus facultades y su deseo de estudiar y lo despreciaba por no trabajar. Le dije entonces que veía en él no solo un gran miedo (por haber introyectado la forma desvalorizada de su padre de verlo a él), sino *una enorme rabia* (hacia su padre que hizo eso y que quería que él trabajara y sacara a la familia de problemas), y un *sentimiento de que si trabaja, se está sometiendo al padre. A su vez que, cuando no lo hace, se llama a sí mismo inútil, redirigiendo su rabia contra sí mismo.*

Algunas intervenciones que resultaron útiles

Quisiera ahora exponer algunas intervenciones que yo sentí fueron especialmente efectivas para ayudar a Marco, que forman parte de la especificidad del caso.

Contención y confrontación en una misma sesión

Marco es un ejemplo de cómo el déficit y el conflicto psíquicos pueden tener un peso igualmente importante. La existencia de motivaciones inconscientes diversas y a la vez contradictorias que producían el síntoma dio lugar a que necesitara intervenciones de tipos distintos y también contradictorios, porque tenía que dirigirme a posiciones tuyas solapadas unas con otras presentes en la misma sesión. Por ejemplo, durante la misma hora me vi ejerciendo la *contención* y la *confrontación*. Yo contenía a Marco cuando al verlo tan desesperado por su propia incapacidad intenté calmar su ansiedad diciéndole que tuviera paciencia consigo mismo, que estábamos trabajando un núcleo duro de su problemática y no lo iba a superar de momento, que la tarea ahora era reflexionar sobre lo que hablábamos y dejar que fuera teniendo efecto en su interior, antes de obtener resultados, en otras palabras, que no se exigiera actuar *ya*.

Pero en esa misma sesión estábamos también trabajando sobre su resistencia a quedar con su profesor para enseñarle sus trabajos. Ahí lo confronté: le dije que lo veía como un niño al que ha faltado el reconocimiento incondicional de un padre, y *que por no haberlo tenido, él sentía ahora que se le debía ese reconocimiento incondicional. Sin embargo, ahora era un adulto viviendo en un mundo público de adultos y él tenía que ganarse ese reconocimiento*, pero al estar instalado emocionalmente en el pasado, no podía encarar el presente. Él entendía todo esto y afirmaba con ojos llorosos; fueron sesiones de gran carga afectiva.

Encontrar las palabras específicas que ayudan al paciente

En una de las intensas sesiones de esta época, en que luchábamos para que comprendiera sus propias resistencias, él vivió un insight, a raíz de una intervención mía que resultó extraordinariamente eficaz. En un intento de decirle algo que lo ayudara a entender su pánico a exponer su trabajo al criterio público, le expliqué cómo funcionan los recuerdos emocionales cuando son traumáticos, según los desarrollos de LeDoux (1996). Contrariamente a la plenitud que podía sentir ante sus propios logros en privado, la idea de entrevistarse con el profesor le generaba un miedo automático ante la expectativa de ser despreciado miserablemente, como lo fue por su padre, y tener un bajón en su self. Le expliqué entonces paso a paso el modo en que las experiencias emocionales quedan grabadas en la amígdala cerebral de modo indeleble, y cómo una señal contextual puede hacer que esas emociones se revivan de un modo idéntico a como se grabaron en su momento, sin discriminar que la situación presente no corresponde con la del pasado. Le dije que, sin embargo, ahora él no era un niño, el profesor no era su padre, su dependencia, sus recursos, no eran iguales y gustarle o no al profesor no tenía

las mismas consecuencias, por lo que no había de significar lo mismo. Toda esta explicación, que podría parecer teórica, que podría llevar en otro paciente a la intelectualización, conmovió profundamente a Marco y a partir de ahí, se sintió más capaz de manejar sus sentimientos de miedo.

La vivencia de una emoción abrumadora es distinta dependiendo de cómo se sitúe uno frente a esa emoción, a cómo se la codifique (Bleichmar, 1997, 2001). El paciente aprendió en ese ejemplo a *no considerar su emoción de pánico como una señal fiable* de que estaba ante una situación objetivamente temible para él, sino como una reacción de su organismo que tenía que soportar, sin otorgarle credibilidad. Esta explicación le sirvió porque le ayudó a realizar un proceso que yo llamaría “desobjetivización” de su emoción, el proceso de entender que aunque la emoción estaba, correspondía a algo del pasado, no del presente, porque el contexto presente, aunque de rasgos similares, era claramente otro. A partir de esta intervención él se sintió con más recursos para enfrentarse a situaciones temidas, utilizándola en ámbitos diversos, por ejemplo para enfrentarse a los celos que emergían en su relación de pareja.

Esto nos muestra que con cada paciente necesitamos encontrar las palabras justas, las metáforas específicas que le impacten, que le lleven al insight y le sirvan (Wachtel, 1993).

La situación actual de Marco

Ha pasado un año y pico desde que Marco empezó el tratamiento. Ambos pensamos que sus progresos han sido muchos. Por primera vez dejó la casa familiar y está viviendo con su pareja, habiendo superado el hecho de que ella aporte más dinero que él, algo que como era esperable por su problemática le costó asumir y lo trabajamos en la terapia. Disfruta de su relación de pareja, la primera en su vida, y se siente con capacidad nueva para decir las cosas que siente y piensa, tanto a ella como a otras personas allegadas, en otras palabras, para ser más autoafirmativo en las relaciones significativas.

Echó la solicitud para una empresa que buscaba profesionales con su cualificación para entrar en un curso de formación que después implicaba ser contratado, Marco fue admitido y en este momento está realizando ese curso. El trabajo en sí no le resulta especialmente interesante, pero está dispuesto a hacerlo, y baraja la idea de llevar su currículum a otra empresa más afín con sus intereses; el pánico ya no lo es tanto.

Marco sabe, como yo sé, que le queda un recorrido por delante. Intuye que en el momento de estar trabajando recibirá indicaciones de figuras de autoridad que a él le costará vivir de otro modo que sintiéndose atacado, sometido, denigrado... teme esas situaciones y echar por la borda todo, pero espera que entonces con la ayuda de la terapia, con dinero para seguir costeándosela, seguirá haciéndose más fuerte para impedir que sus fantasmas antiguos se impongan sobre sus relaciones actuales.

Discusión

Tras este relato en el que he mostrado el desarrollo del proceso terapéutico en el tiempo, describiré escuetamente la estructura del caso y haré algunas observaciones sobre los factores que yo creo intervinieron en el resultado.

Marco tenía una fortísima inhibición que le había acompañado toda su vida y que estaba, como suele ocurrir, causada por un conglomerado de motivaciones inconscientes intrincadas. Sus inhibiciones eran defensas ante una serie de emociones negativas muy fuertes que él evitaba sentir. Una de ellas, presente a lo largo de todo el tratamiento cada vez que tocábamos un tema nuevo o daba un paso adelante, era la vergüenza. Marco tenía prácticamente todos los tipos de vergüenza que han sido descritos en la literatura psicoanalítica. Sentía vergüenza por su falta de iniciativa, pero la vergüenza era a su vez causa de su falta de iniciativa (Lichtenberg, 2006; Morrison, 2005, 2007). Sentía vergüenza de su self denigrado, incapaz, pero una vergüenza aun mayor

de su self grandioso (Kohut, 1971). Había sentido vergüenza de su padre, y sentía vergüenza de haberla sentido. Vergüenza de expresar su deseo de cercanía a una mujer. Vergüenza de su agresividad y también de su pasividad y falta de autoafirmación, que lo hacía sentir un hombre insuficiente. Finalmente, podemos decir que una vergüenza señal le impedía mostrarse porque preveía una vergüenza abrumadora intolerable ante el rechazo del otro (Lansky, 2007). Siendo la vergüenza un sentimiento nuclear del sistema narcisista, el caso de Marco puede ser descrito como un trastorno narcisista severo.

Efectivamente, la vergüenza era una de las emociones básicas que irradiaban casi toda la gama de experiencias de este paciente, su self estaba muy dañado. Pero había otras emociones importantes que emergieron en el análisis, como su culpa (por su rabia hacia su padre que le atacó; por su percatación de la inferioridad del padre respecto a él; por su deseo de superarlo, que no se permitía). Sería injusto no nombrar aquí el complejo edípico, porque nos sirve para describir lo enormemente conflictivo de la relación de Marco con su padre, que fue finalmente una figura identificatoria principal por su género y causa de rivalidad y lucha de poder, y conllevaba aspectos triangulares (aunque no únicamente). Pero también es necesario aclarar, frente a posiciones psicoanalíticas más clásicas, que lo conflictivo de la relación paterno-filial, las temáticas de lucha de poder, rabia, culpa y sometimiento, fueron principalmente causadas porque el padre ejerció una sistemática identificación proyectiva sobre su hijo, para librarse él mismo de sentimientos de profunda autodenigración e impotencia. Es importante enfatizar esta diferencia. En el planteamiento original freudiano la sexualidad se concebía como una pulsión de origen endógeno que seguía un desarrollo lineal vinculado a zonas corporales (oral, anal, genital), que en la fase edípica llevaba al niño a posicionarse en una configuración relacional triangular en la que se sentía excluido de la pareja parental, deseaba a su madre y rivalizaba con el padre. Sin embargo, desde una perspectiva intersubjetiva del desarrollo la figura de apego estructura las vivencias relacionales del niño, tanto en la relación dual como en la configuración triangular. De acuerdo a esto, la manera en que el niño viva las emociones y motivos implicados en la relación edípica (sentimientos de ser excluido, de no ser el único para el otro, rivalidad y celos) dependerá fundamentalmente de la manera en que los vivan los padres y de cómo se sitúen estos frente al hijo. En otras palabras, los conflictos edípicos de Marco eran claramente una respuesta a la actitud de su padre para con él, no una reacción endógena fruto de una etapa del desarrollo (Dio Bleichmar, 2005).

La vergüenza y la culpa de Marco eran sentimientos implícitos muy dolorosos, ante los cuales había establecido fuertes defensas, como eran su falta de iniciativa, su aislamiento, su intelectualización. Pero había a su vez mucha rabia, dispuesta a activarse ante la menor señal de ser sometido, miedo al desbordamiento de esa rabia, además de miedo a ser herido de nuevo en su narcisismo, a ser denigrado y ser sometido. Si tuviéramos que explicar por qué este paciente no podía trabajar diríamos que tenía múltiples motivos internos: si trabajaba se sometía a su padre, si trabajaba superaba a su padre, y si trabajaba se mostraría incapaz como su padre le había hecho creer que era... Así son las cosas en el psicoanálisis, motivaciones múltiples aparentemente contradictorias operando en una misma dirección, crean finalmente lo que Freud llamó “el síntoma como formación de compromiso”.

El daño en la estructura narcisista de Marco, la herida en su self, se manifestaba en su personalidad disociada. Alternativamente en la misma sesión había momentos en que se activaba su self denigrado, sintiendo inseguridad y temor a la desvaloración y denigración por el otro o al desprecio por una mujer. En otros momentos se activaba su self grandioso, que le producía vergüenza porque no había podido legítimamente vivirlo como todo niño necesita en su desarrollo (Kohut, 1971), pero que además había desarrollado con la función defensiva de compensar el self denigrado (“No pienso hacer lo que me dices, estoy preparado para cosas mucho más interesantes”). Su disociación interna le provocaba los síntomas característicos de las personalidades en que ésta es un mecanismo estructural importante: desconexión entre sus ideas y las emociones correspondientes, sentimientos de extrañeza de sí mismo, de vacío interior.

Marco tenía también muchos recursos. Desde el primer momento percibí que era inteligente, que tenía capacidad para vincularse afectivamente, buena capacidad introspectiva y mucha motivación para el cambio. Puedo decir que tuvimos la fortuna de que yo viera a Marco como alguien con gran potencial, algo que hizo posible

un buen proceso terapéutico. Efectivamente, si yo no hubiera sentido genuinamente que era valioso, nada hubiéramos podido hacer en la terapia, pero ocurrió que así lo ví, que su oscurantismo y ocultamiento intelectualizante no me produjo irritación, que su self grandioso no me produjo ningún rechazo, que empaticé con su vergüenza, y por eso pude ayudarlo. El vínculo fue y continúa siendo bueno en el sentido de positivo para el proceso terapéutico. No hubo por mi parte respuestas sistemáticas ancladas en mi personalidad que pudieran parecerse a alguno de los vínculos traumáticos que el paciente había sufrido en su vida. Creo por ejemplo que mi dimensión de terapeuta conversadora, dialogante, mi tendencia a siempre plantearme que el paciente puede tener sus razones, a pesar de sus defensas y sus motivos inconscientes (algo que no en todas las ocasiones provoca buenos resultados inmediatos) fueron caracteres que actuaron a favor del tratamiento en este paciente concreto. Él no hubiera tolerado un vínculo que le hubiera sonado lo más mínimo a jerarquía y relación de poder (mientras otros pacientes así lo buscan, por su necesidad de ser protegidos, dirigidos, o de idealizar al otro). Las sesiones se desarrollaron en un clima de diálogo colaborador (Watchel, 1993) en el que ambos buscábamos palabras adecuadas para describir lo que le ocurría.

A pesar de todo, hubo momentos de crisis del vínculo, momentos en los que mi implicación me llevó a actuar modos de vincularse que a Marco le sonaron como repetición de sus peores pesadillas del pasado, momentos que él había puesto de su parte para crear. Pero en psicoanálisis sabemos que esto no es sólo inevitable, es también necesario porque es lo más productivo para el cambio. Estos momentos se aprovecharon eficazmente para la terapia. Analizando retroactivamente mis notas sobre las sesiones, veo que fueron las situaciones de crisis y nuestra exploración de éstas las que dieron lugar a los insights más significativos, y las que fueron seguidas de cambios cualitativos más evidentes.

Referencias

- Bleichmar, H. (2005). Consecuencias para la terapia de una concepción modular del psiquismo. *Aperturas Psicoanalíticas*, 21. Consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000350&a=Consecuencias-para-la-terapia-de-una-concepcion-modular-del-psiquismo>
- Bleichmar, H. (2004). Making conscious the unconscious in order to modify unconscious processing: some mechanisms of therapeutic change. *International Journal of Psycho-Analysis*, 85, 1379-1400.
- Bleichmar, H. (2001, Noviembre). El cambio terapéutico a la luz de los conocimientos actuales sobre la memoria y los múltiples procesamientos inconscientes. *Aperturas Psicoanalíticas*, 9, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000178&a=El-cambio-terapeutico-a-la-luz-de-los-conocimientos-actuales-sobre-la-memoria-y-los-multiples-procesamientos-inconscientes>
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona: Paidós.
- Bleichmar, H. (1994). Aportes para una Reformulación de la teoría de la Cura en psicoanálisis: Ampliación de la Conciencia, Modificación del Inconsciente. *Revista Argentina de Psicología*, año XXV, 44, 23-44.
- Bromberg, P. M. (1993). Shadow and substance: A relational perspective on clinical process. *Relational Psychoanalysis. The emergence of a Tradition*. En S. Mitchell y L. Aron (eds.), (pp. 379-406). New York: The Analytic Press.
- Clyman, R. B. (1991). The Procedural Organization of Emotions: A Contribution From Cognitive Science To The Psychoanalytic Theory Of Therapeutic Action. *Journal of American Psychoanalytic Association*, 39, Suplemento, 349-82.
- Davis, J.T. (2001). Revising psychoanalytic interpretations of the past. An examination of declarative and non-declarative memory processes. *International Journal of Psychoanalysis*, 82, 449-462.
- Díaz-Benjumea, M^a D. J. (2010, Abril). La relación terapeuta-paciente desde el enfoque Modular-Transformacional de psicoterapia psicoanalítica. *APRA* (Revista en Internet de la Asociación de Psicoterapia de la República Argentina), año III, 1. consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org>

org/articulos.php?id=0000178&a=El-cambio-terapeutico-a-la-luz-de-los-conocimientos-actuales-sobre-la-memoria-y-los-multiples-procesamientos-inconscientes

Díaz-Benjumea, Mª D. J. (2009, Marzo). Utilidad y riesgos de la técnica de autoapertura. *Aperturas Psicoanalíticas*, 31, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000585&a=Utilidad-y-riesgos-de-la-tecnica-de-la-autoapertura>.

Dio Bleichmar, E. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación padres e hijos*. Barcelona: Paidós.

Fonagy, P. (1999). Memory and therapeutic action. *International Journal of Psychoanalysis*, 80, 215-222.

Frank, K. (2002, Julio). Ampliando el campo del cambio psicoanalítico; la motivación exploratorio asertiva, la autoeficacia y el nuevo rol psicoanalítico para la acción. *Aperturas psicoanalíticas*, 11, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000203&a=Ampliando-el-campo-del-cambio-psicoanalitico-la-motivacion-exploratoria-asertiva-la-autoeficacia-y-el-nuevo-rol-psicoanalitico-para-la-accion>

Gabbard, G. y Westen, D. (Agosto, 2007). Repensando la acción terapéutica, *Aperturas*, 26, consultado el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000445&a=Repensando-la-accion-terapeutica>.

Jones, E. (2000). *Therapeutic Action. A Guide to Psychoanalytic Therapy*. New Jersey: Jason Aronson Inc.

Kohut, H. (1989). *Análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu, tercera edición. (Obra original publicada en 1971).

Lansky, M. (2008, Abril). Vergüenza insoportable, escisión y perdón en la resolución del ser vengativo. *Aperturas psicoanalíticas*, 28. Consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000387&a=Verguenza-insoportable-escision-y-perdon-en-la-resolucion-del-ser-vengativo>.

LeDoux, J. (1999), *El cerebro emocional*. Barcelona: Planeta.

Lichtenberg, J. D. (2006, Agosto). La vergüenza: reguladora de la iniciativa; la vergüenza, destructora sigilosa de la iniciativa. *Aperturas psicoanalíticas*, 23, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000384&a=La-vergüenza-reguladora-social-de-la-iniciativa-la-vergüenza-destructora-sigilosa-de-la-iniciativa>.

Lyons-Ruth, K. (2000, Abril). El inconsciente bipersonal: el diálogo inersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional. *Aperturas psicoanalíticas*, 4, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000107&a=El-inconsciente-bipersonal-el-dialogo-intersubjetivo-la-representacion-relacional-actuada-y-la-emergencia-de-nuevas-formas-de-organizacion-relacional>

Mitchell, S. (1997) *Influence and Autonomy in Psychoanalysis*. New York: The Analytic Press.

Mitchell, S. A. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Morrison, A.P. (2005, Julio). Sobre la vergüenza, consideraciones y revisiones, *Aperturas psicoanalíticas*, 20, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000340&a=Sobre-la-vergüenza-Consideraciones-y-revisiones-Congreso-Internacional-sobre-la-Vergüenza-Febrero-2005>

Morrison, A. P. (1997). *La cultura de la vergüenza. Anatomía de un sentimiento ambiguo*. Barcelona: Paidós.

Renik, O. (1999). Analytic Interaction: Conceptualizing Technique in Light of the Analyst's Irreducible Subjectivity. En S. Mitchell and L. Aron (Eds), *Relational Psychoanalysis. The Emergence of a Tradition*, Vol. 14, (pp. 407-424), New York: The Analytic Press.

Safran, J. D. y Muran, J. C. (2005). *La alianza terapéutica. Una grúa para el tratamiento relacional*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Stern, D. (2004) *The present moment in psychotherapy and Everyday Life*, New York: W.W. Norton and Company.

Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., ... Tronick, E. (1998). Non-Interpretive Mechanisms in Psychoanalytic Therapy: The "Something more" Than Interpretation, *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.

Stolorow, R. D y Atwood, G. E. (2004). *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder.

- Wachtel, P. L. (2008). *Relational Theory and the Practice of Psychotherapy*. New York: The Guilford Press.
- Wachtel, P. L. (1993). *Therapeutic Communication. Knowing What to Say When*. New York: The Guilford Press.
- Westen, D. y Gabbard, G. (2002, Noviembre). Desarrollos en neurociencia cognitiva: II. Implicaciones para la teoría de la transferencia. *Aperturas psicoanalíticas*, 12, consultado online el 30 de Enero de 2011 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000214&a=Desarrollos-en-la-neurociencia-cognitiva-II-Implicaciones-para-las-teorias-de-transferencia>

Recursos en Internet

www.psicoterapiapsicoanalitica.com
www.aperturas.org

Manuscrito recibido: 03/01/2011

Revisión recibida: 08/02/2011

Manuscrito aceptado: 09/02/2011